La lengua de Adán

La humanidad fue testigo reciente de un descubrimiento revolucionario. La ciencia logró descifrar el genoma humano, un así llamado mapa que contiene el repertorio genético de nuestra especie. Una noticia que no debe pasar por alto un traductor, pues entre otros comentarios se escuchó decir que "los científicos están aprendiendo el lenguaje en que Dios creó la vida." ¿Será éste el descubrimiento de la tan ansiada lengua perfecta, la lengua común a todo el género humano, la verdadera y primera, nacida con la creación del hombre, además de la clave para resolver algunas enfermedades que nos vienen aquejando?

Los seres humanos, en su afán de comunicarse, siempre trataron de encontrar una lengua vehicular que sirviera de puente entre las culturas. Esto probablemente suceda hoy más que antes. El lenguaje de la ciencia es ciertamente un lenguaje de interpretación común, que revela verdades ignoradas por la mayoría y reservadas a unos pocos y que requieren de una decodificación entendida. En la historia de las ideas de la humanidad hay lenguas mágicas, novelescas, formales, naturales y todas ellas se disputan la interpretación del mensaje universal. En este sentido cabe preguntarse si es posible conjugar la búsqueda de una lengua vehicular con la necesaria defensa de las tradiciones lingüísticas. Umberto Eco, de quien reproducimos una admirable conferencia en este número, dice en *La búsqueda de la lengua perfecta*: "El límite de una lengua universal vehicular es el mismo que el de las lenguas naturales sobre las que ha sido calcada: presupone un principio de traducibilidad." He aquí nuestra función como comunicadores, como vehículos interculturales.

El problema de la cultura del futuro no está tampoco en la victoria a ultranza del plurilingüismo ni en una lengua única o vehicular, sino en el espíritu de "una comunidad de personas que puedan captar el espíritu, el perfume, la atmósfera de un habla distinta", como escribe Eco. "Un mundo de políglotas no es un mundo de personas que hablan con facilidad muchas lenguas, sino, de personas que pueden encontrarse hablando cada uno su propia lengua y entendiendo la del otro, que no sabrían hablar de manera fluida, pero que al entenderla, aunque fuera con dificultades, entenderían el 'genio', el universo cultural que cada uno expresa cuando habla la lengua de sus antepasados y de su propia tradición." También esto suena a utopía.

Entender y respetar la diversidad tal vez sea la solución, o asumir cabalmente que "la lengua madre no era una lengua única, sino el conjunto de todas las lenguas". Por esta vía, el arte de traducir siempre tendrá garantía de perdurabilidad con todos los riesgos y ventajas que esto implica para el traductor e intérprete, en el doble sentido de "seguir un camión lleno de explosivos" -como dice Shelia Shermet en este número- y el manejo de un poder comunicacional extraordinario.

A los descendientes del primer hombre nos "queda la herencia de ganarnos el pleno y armónico señorío de la Torre de Babel " y dejar de ver el plurilingüismo como un elemento discordante en el estrechamiento del mundo.

Los invitamos entonces a disfrutar de la revista y a tomar nota de la fecha de realización del próximo Congreso Latinoamericano de Traducción e Interpretación, donde sin duda se discutirá, entre otros temas, el que acabamos de exponer en esta página.

Agradecemos, por último, la correspondencia recibida, que nos permite inaugurar en este número la sección "Cartas de Lectores"y que nos recuerda que, desde el origen, somos un diálogo.

Consejo **Directivo**